

tros estudios y colegios que había muy numerosas. También iban muchos Padres del colegio que acompañaban al P. Rector, que llevaba el Santo Cristo. Al pasar por la Plaza de Palacio salieron Sus Majestades a las ventanas y celosías y el Rey nuestro Señor veneró de rodillas, con grande piedad, la imagen de Cristo crucificado. Causó esta doctrina, por la novedad, no poca admiración en Madrid.

»Edificó mucho a la Corte la piedad con que algunos señores de los Grandes y primeros títulos de Castilla llevaban, alumbraban y acompañaban al Santo Cristo.... El silencio y devoción con que se estaba en las calles donde suele ser tanto el ruido de la gente y coches, admiraron aun a los de casa. Las bofetadas que se daban los del pueblo y las voces con que pedían a Dios misericordia, excedieron nuestras esperanzas... ¿Qué diré a V. P. del concurso a los sermones? En todas partes fueron cortas las iglesias, aunque se predicó muchos días. En Madrid no admiré lo numeroso, porque hay pueblo para todo; pero se dejó mucho reparar la asistencia de grandes títulos, ministros de Su Majestad y de todas las señoras más principales de la Corte. Era de admirar que auditorio, en gran parte de esta calidad, llenaba la iglesia a las dos de la tarde y se estaba fijo, y a veces muy desacomodado, oyendo doctrinas y sermones hasta cerca de las seis, siendo necesario hacer doctrina al mismo tiempo en varios puestos de las plazuelas y calles vecinas, para satisfacer el ansia del numeroso pueblo que no cabía en la iglesia. Ejercicio en que, así como en el de las confesiones, trabajaron gloriosamente los Padres del colegio Imperial y del Noviciado, pues las pláticas de doctrina que hicieron pasaron, sin duda, de doscientas» (1).

A un concurso tan escogido, grande y piadoso correspondió, como era de suponer, el efecto espiritual de la misión. «Comulgaron, dice el P. Guillén, el tercer domingo de cuaresma, en San Sebastián, nueve mil, dando la comunión el Eminentísimo Cardinal Aragón dos horas y media sin cesar. En el Noviciado, el cuarto domingo, comulgaron ocho mil, y en el colegio imperial, el quinto domingo, dieciséis mil, dando la comunión, gran parte de la mañana, el Ilustrísimo Sr. Nuncio. Juzgo hubieran llegado a veinticuatro mil, si no hubiera sido tan terrible de lluvia el tiempo. El sexto domingo, en San Andrés, comulgaron siete mil,

(1) Revero, *ibid.*, p. 225.

entre ellos los principales cabos y casi todos los soldados de la coronelia. ¡Cuántos comulgarían otros días en nuestras iglesias y cuántos en las iglesias aisladas de la misión!» (1). Pudieron quedar, ciertamente, satisfechos nuestros misioneros, pues alcanzaron todo lo que humanamente era posible.

A fines de Junio se retiraron los dos misioneros a descansar durante el tiempo de los calores. El P. Tirso se detuvo en Jesús del Monte; el P. Guillén pasó a tierras de Aragón y predicó algunos sermones en Cariñena, su pueblo natal, y en otros de menor importancia.

A principios de Setiembre reanudó sus trabajos el P. Tirso González con una misión que dió en Segovia, acompañado del P. Juan Rubí. Empezáronla el día de la Natividad de Nuestra Señora y la continuaron hasta la fiesta de San Miguel. El fruto fué copiosísimo, y todos decían que jamás se había visto tanto fervor religioso en la ciudad de Segovia. «El día de San Miguel, dice el Rector de nuestro Colegio en la relación que hizo de esta misión, fué el más célebre que ha visto esta ciudad, como lo confiesan todos los ciudadanos a una voz. Ganábase aquella mañana el jubileo de la doctrina en nuestro templo y en el de Santa Eulalia. En éste se gastaron dos mil quinientas formas, y en nuestra iglesia comulgaron cuatro mil quinientas personas, y en otros templos otras muchas desde el amanecer. En todos los conventos y parroquias todo era confesar, y nuestra iglesia era una inundación. Muchos señores canónigos vinieron a ayudarnos a confesar y casi todo el cabildo a decir misas, para repetir las diligencias del jubileo... Participaron el bien de la misión los pobres de los hospitales y los presos de la cárcel, a donde fuimos a confesarles y comulgarles, llevándoles de comer y sacando para todos limosnas, así en dineros como en vestidos» (2). De Segovia se encaminaron ambos misioneros a la ciudad de Avila. A pocos días de empezar la misión llegó allí el P. Guillén y continuó trabajando al lado del P. Tirso. Concluido el trabajo de Avila, el P. Rubí se volvió a Salamanca, donde residía habitualmente, y los Padres Tirso y Guillén se encaminaron a Valladolid. Fué feliz esta misión, aunque no presenta carácter particular que la diferencie de otras. Duró una semana, y los Padres de la Compañía hubie-

(1) Revero, *ibid.*, p. 225.

(2) *Ibid.*, p. 252.

ran deseado que se prolongase todavía otra; pero el P. Provincial de Castilla opinó que debían los Padres acceder a las instancias vivísimas del Arzobispo de Burgos, que les llamaba a su tierra a dar una misión en aquella ciudad antes del adviento, para el cual ya estaban comprometidos con la ciudad de Salamanca. Diez días duró la misión de Burgos, y cuando la hubieron terminado, se apresuraron a dirigirse a la ciudad de Tormes.

Esperaban allí un éxito mayor, pero por de pronto tropezaron con dificultades que se les hicieron algo nuevas. «Decían muchos, escribe el P. Tirso, que esta misión era para las aldeas y no para Salamanca, lugar de tanta religión y enseñanza; el vulgo repetía que si pensáramos que eran tan herejes, que habían menester para reducirse medios tan extraordinarios» (1). También hubo una dificultad por parte del cabildo; pero gracias a Dios y a los esfuerzos del Sr. Obispo que apoyó decididamente la misión, pudieron suavizarse los ánimos y darse principio a los sermones con toda regularidad. Los jesuitas tan numerosos en aquel colegio y el gran número de estudiantes que estos llevaban a la misión hizo que se moviese pronto todo el público de la ciudad, la cual no pudo resistir el ímpetu fervoroso que habían iniciado los religiosos y los jóvenes estudiantes de nuestras escuelas. Salió por las calles varias veces el acto de contrición, se repitió también la disciplina algunos días, y en todo este tiempo la conversión de los pecadores y el fervor de las almas buenas consolaron a los misioneros, después de los primeros días de alguna frialdad y resistencia.

7. A todo esto la fama de los PP. Tirso y Guillén volaba por toda España, y varios ilustres prelados y algunas ciudades pedían instantemente que acudiesen a ellas los dos misioneros. El Arzobispo de Santiago y el de Burgos los quisieron detener algún tiempo en sus diócesis; los Obispos de Zamora y Mondoñedo, las ciudades de Palencia, Medina de Rioseco y otras ilustres personas deseaban ver los prodigios espirituales que en todas partes lograba la predicación de aquellos dos hombres. Hasta se elevaron peticiones al Rey, para que detuviese en las tierras de Castilla y Galicia a los dos misioneros (2).

Con todo eso, prevaleció la autoridad y el fervor del Sr. Arzo-

(1) Revero, *ibid.*, p. 255.

(2) *Ibid.*, p. 268.

bispo de Sevilla, D. Ambrosio Ignacio Espinola, quien no des cansó hasta lograr que volviesen los dos misioneros a fecundar los campos tan extensos de su diócesis hispalense. En el mes de Enero de 1671 entraban Tirso y Guillén en Sevilla. Por de pronto les designó el Prelado la ciudad de Ecija, tan populosa y bastante necesitada. Predicaron en ella y la santificaron, como solían hacerlo en otras ciudades. Terminada esta misión, se encaminaron por indicación del Prelado a Jerez de la Frontera, ciudad que por entonces, según el P. Guillén, contaba dieciseis mil vecinos. Por la importancia de la población hubo de hacerse lo que en otras grandes ciudades, es decir, repetir la misión en varias iglesias. El éxito fué, gracias a Dios, muy cumplido y para Semana Santa terminó la misión de Jerez con mucha consolación de nuestros misioneros.

Pensaban dirigirse desde allí al Puerto de Santa María, pero el mismo Sr. Arzobispo les indicó que accediesen ante todo a los deseos del Sr. Obispo de Cádiz, que suspiraba por verles en aquella ciudad. Predicaron, pues, en Cádiz una misión, y habiéndose terminado, volvieron al Puerto de Santa María. A esta misión, que nada tuvo de particular, se siguió otra, todavía más feliz y fervorosa, en Sanlúcar de Barrameda. En este pueblo edificó a nuestros misioneros el fervor con que secundaron sus esfuerzos, no solamente los Padres de nuestro colegio, sino los superiores y religiosos de otras Ordenes religiosas. Con mucha gratitud recuerda el P. Guillén las acciones de caridad que en toda la misión les dispensaron los superiores de San Agustín y los del Carmen (1). Con esta misión llegó el tiempo del verano y se interrumpieron las fatigas apostólicas de ambos misioneros.

En el mes de Octubre volvieron a la tarea, empezando por la villa de Arcos. Después se dividieron para recorrer cada uno por separado una serie de pueblos secundarios, en que trabajaron más o menos tiempo, según el mayor o menor número de habitantes. El P. Guillén entró por Lebrija y el P. Tirso santificó las villas de Bornos, Villamartin, Zahara, Ronda y otras que no nos detendremos a explicar.

Al acercarse la cuaresma de 1672 se juntaron ambos misioneros para dar una misión insigne en Sevilla. Pudiera creerse innecesaria, después de la que se había dado poco tiempo antes;

(1) Revero, *ibid.*, p. 272.

pero entonces el carácter de las gentes era muy distinto. Admiraba, realmente, el ansia con que el pueblo sevillano estaba deseando la misión. Juntáronse para esta obra otros dos operarios que entonces empezaban a ejercitarse con fruto en este sagrado ministerio, y eran el P. Juan Losada y el P. Francisco Gamboa. «Alternando en los sermones, dice el P. Tirso, hicimos misión todos los cuatro en la santa iglesia catedral. Dos días después nos dividimos. El P. Juan Guillén y su compañero Gamboa hicieron misionés sucesivas en las parroquias de San Bautista y San Bartolomé en dos semanas, y el P. Juan Losada y yo al mismo tiempo en la parroquia de *Omnium Sanctorum* y en La Magdalena. A la semana siguiente volvimos a juntarnos todos en la casa profesa de la Compañía, por ser aquella la semana para las pláticas de la doctrina, las cuales se acompañaron con sermones de misión, con que se juntó más que otros años el *movere* con el *docere*. Al mismo tiempo nos señalaban para hacer pláticas en las parroquias asignadas para ganar jubileo. De la dominica de Pasión a la de Ramos nos volvimos a dividir, y los Padres pasaron a Triana, arrabal de cuatro mil vecinos, de la otra parte del río Guadalquivir, y nosotros, a un mismo tiempo, hicimos misión en dos parroquias, en la de Santa Catalina y en la de San Isidro» (1).

Fuera de este trabajo, que podría llamarse indispensable, para conducir por sus pasos el trabajo de la misión, tomaban los misioneros otros adjuntos, como era el hacer pláticas a comunidades religiosas, el predicar sermones sueltos en tal cual iglesia apartada, el visitar este o el otro hospital, el aconsejar a las personas de esta o de la otra clase. Inútil es decir que en todos estos trabajos eran secundados los cuatro principales misioneros por los superiores y los demás jesuitas de nuestra comunidad y también por los religiosos de otras Ordenes, que con celo ejemplar se ofrecían a confesar a los penitentes y concurrían a los actos públicos de la misión. «Cual fuese con esto, dice el P. Tirso, la batería y el asalto que se le dió por todas partes al vicio en aquella populosa ciudad, cual la ganancia espiritual que sacó Dios nuestro Señor con su gracia de tantas almas, aun los mismos que lo vimos y gozamos apenas acertamos a entenderlo, cuanto menos a referirlo»

Con la Semana Santa pudo darse por terminada la misión de

(1) Revero, *ibid.*, p. 307.

Sevilla, que había durado toda la cuaresma, y, sin embargo, después de ella empieza lo más característico y curioso de esta misión. Es de advertir que desde algunos años atrás había comenzado el P. Tirso a dirigir pláticas especiales a los moros que podía reunir en las ciudades andaluzas. Nunca faltaba, como es sabido, algún grupo mayor o menor de estos hombres, que atravesando el estrecho venían a ganar la vida en nuestras ciudades meridionales, desempeñando ordinariamente los servicios más humildes de la sociedad. En Marbella, camino de Ceuta, tuvo ocasión el P. Tirso de convertir alguno. Después en las misiones que dió el año 1671 hizo pláticas aparte para los moros que podía reunir, y sobre todo en Jerez tuvo el consuelo de convertir a nueve, los cuales fueron bautizados con grande solemnidad en presencia del clero, de los caballeros y de la milicia de la ciudad (1).

En Sevilla, como era el concurso de moros algo mayor, se determinó tomar esta obra más de asiento. Para buscarlos y facilitar en lo posible el que oyesen la palabra divina y se convirtiesen, valióse el P. Tirso principalmente de la Santa Hermandad de la Caridad, cuyos individuos eran los caballeros más nobles e ilustres de la ciudad sevillana. Recuérdese que entonces era Superior, o como se decía, Hermano Mayor de esta Santa Congregación el célebre caballero, D. Miguel Mañara Vicentelo, cuyas virtudes edificaban a Sevilla y eran conocidas en toda España. El gran movimiento que hubo en esta misión santa para reducir a los moros, fué en gran parte debido al fervor y actividad de D. Miguel Mañara.

Ante todo se tomaron especiales precauciones para la convocación de los mahometanos, lo cual no era tan fácil, viviéndolos muy arrinconados y siendo algunos esclavos de caballeros españoles. Oigamos al P. Tirso: «Porque la convocación de los mahometanos se hiciese con más suavidad, pareció más conveniente, que no la hiciese la justicia, sino la caridad y la Santa Hermandad acogió con tanto gusto y estimación este consejo, que a la primera insinuación, por un papel, del deseo de los Padres misioneros, nombró setenta caballeros, que divididos por la ciudad, sacasen a los mahometanos de las casas de sus amos, y a los que eran libres, de sus asquerosas y miserables habitaciones.

(1) Véase la descripción de esta solemnidad en carta del P. Guillén, *ibid.*, p. 294.

Ejecutóse esto con tanta caridad y humildad, que algunas veces los caballeros trajeron a los esclavos en sus coches, y en ellos en el mejor sitio y con tanta suavidad, que los mahometanos venían gustosos, porque para que tuviesen la luz espiritual sin daño temporal, la Santa Hermandad les pagaba los jornales que habían de ganar con el trabajo de cada día, sólo porque asistiesen a los sermones» (1).

Ejemplo verdaderamente hermoso, el que nos dan los caballeros sevillanos; pero esto es solamente el principio. Sigamos adelante con la narración del P. Tirso, y admiraremos virtudes más heroicas: «Luego que se supo en Sevilla que los Padres misioneros habían de predicar para convertir a los moros, fué tan grande en todos el deseo de los sermones, que se conoció la total piedad y religioso fervor de los sevillanos. Porque conociendo de sobra, que solo Dios puede vencer los obstinados corazones de los infieles, para conseguir de Dios tan dificultosa transformación, ofrecieron tantas comuniones, misas, penitencias y mortificaciones públicas, que siendo más las ocultas, no caben las públicas en dilatada relación. Una persona principal ofreció cincuenta misas por cada uno que se convirtiese; otra servir un viernes en un hospital descalzo de pie y pierna; otra ponerse por cada conversión un día cilicio y besar la llaga más asquerosa que encontrase en el hospital. Otra persona ofreció a Nuestro Señor con voto abstinencia completa de carne, si se convirtiese un obstinado mahometano, y convirtiéndose en esta ocasión, cumple su voto con gran fervor y consuelo. De este género se ofrecieron a Nuestro Señor muchas demostraciones de religioso fervor. Con estas prevenciones cobraron tanto ánimo los Padres misioneros, que antes de predicar se aseguraron del fruto.»

Llegándose el tiempo de hacer los sermones, como todo el mundo quería presenciar un acto tan interesante, discurrieron los Nuestros dividir el concurso, y para esto predicar a los moros en el patio y a las moras en la iglesia de la casa profesa. Al patio podían acudir los hombres y a la iglesia las mujeres que quisieran asistir al sermón. «Los concurrentes, dice el P. Tirso, fueron tan numerosos, que ni el templo fué bastante para las mujeres, ni el patio, sus corredores, galerías, ventanas y tejados para los hombres.

(1) *Ibid.*, p. 354.

»Empezáronse los sermones el 18 de Abril (1672), y en ellos asistían en sitio particular y arrimados al púlpito los nobles de la Santa Hermandad de la Caridad, teniendo cada uno sentado a su lado a uno de los mahometanos, para que este ejemplo de caridad humilde les moviese a estimar la religión cristiana y para que la devoción les tuviese quietos, oyendo impugnar la falsa secta de Mahoma. Llovió algunas veces al tiempo que se predicaba en el patio; pero ni el agua ni la instancia del predicador consiguió que se retirasen los oyentes. Uno de los nobles dijo, que no era razón retirarse por el agua que sufrían haciendo la causa del Rey del cielo, cuando en una campaña la sufrieran por el de la tierra. Añadió otro que era justo padecer entonces por Dios y por la salvación de sus hermanos lo que muchas veces habían padecido por el entretenimiento de la caza. Sucedió alguna vez ser necesario mudar los bancos espacio considerable, y teniendo tan a la mano esclavos propios que los mudasen, no les permitían los caballeros este trabajo, sino que tomaban ellos los bancos a costas para mudarlos...

»Más admirable teatro hacían en el templo de la casa profesa las señoras mezcladas con las mahometanas, a quienes alentaban, regalaban y abrazaban, y, lo que es más, de quienes sufrían no pocos atrevimientos, que les pagaban no sólo con sufrirlas a ellas y su asqueroso traje y mal olor, sino también con acercarse más a ellas y abrazarlas con más caridad. Señora hubo, y de la primera grandeza de España, que oyó entre las moras el sermón de rodillas, para conseguir de Dios con tan penosa y edificativa mortificación su conversión. Asistió el Sr. Arzobispo todos los días movido de su celo, y como Su Ilustrísima decía, movido y obligado del ejemplo de tantos nobles seglares, que con tan religiosas demostraciones honraban a la religión cristiana y con tanto celo procuraban la conversión de los infieles» (1).

Suponemos que nuestros lectores, al llegar a este punto, se olvidarán de los misioneros, para contemplar con admiración el espectáculo estupendo que nos dan los caballeros y señoras de Sevilla. ¡Qué simpática se nos muestra en ellos la antigua España! Habría ciertamente miserias entre nosotros; pero ¿podrá citarse una ciudad en el mundo, donde los más nobles caballeros y señoras hagan los extremos de caridad que vemos hacer a los

(1) Rezero, *ibid.*, p. 355.

sevillanos del siglo XVII para convertir a los obstinados musulmanes? Es costumbre en ciertos escritores modernos que retratan a la antigua España mover y remover, como dice Menéndez y Pelayo, los lodazales de la literatura picaresca, y describiendo con fruición las trampas del Lazarillo de Tormes y las canalladas de Guzmán de Alfarache, parecen como decirnos: «esa era España». A estos señores críticos les rogaríamos que contemplasen con serenidad de juicio el espectáculo que nos dan los sevillanos. Permitan que les preguntemos: ¿No tendrán más derecho a representar a la antigua España los nobles caballeros, las ilustres damas y el inmenso pueblo de Sevilla, que llenaba las iglesias de bote en bote en estos actos de acendrada piedad y de apostólico celo, no tendrán más derecho, repetimos, a representar a la antigua España, que los grupitos de granujas que bullían en los Percheles de Málaga o las gavillas de bandidos que se escondían en los rincones de Sierra Morena?

Pero volvamos a nuestro asunto y veamos el fruto que se recogió con el esfuerzo de los misioneros y la caridad de los sevillanos.

«Llegaron los convertidos, dice Tirso, a cuarenta y tres... No paraba la caridad de los sevillanos nobles en procurar con tanta demostración la conversión de los infieles, sino que pasaban a ejecutarla, llevándose a sus casas y regalando en ellas a los convertidos todo el tiempo que duró el catequizarlos, trayéndolos por mañana y tarde a la casa profesa de nuestra Compañía, donde los acompañaban hasta volverlos a casa catequizados. Con esto creció en los catecúmenos la estimación de nuestra fe, el consuelo de haberla abrazado y la admiración de la caridad cristiana» (1).

Preparados los catecúmenos, se dispuso una grande solemnidad para bautizarlos. D. Miguel Mañara rogó al cabildo que se celebrase este acto en la Catedral. Accedieron con sumo gusto los capitulares, y en el trascoro del grandioso templo se levantó y adornó lujosamente un inmenso tablado. El día del acto solemne bajó el Sr. Arzobispo a la iglesia, y rodeado de todo su clero subió al trono que se le había dispuesto. Al mismo tiempo había salido de nuestra casa profesa una lucidísima procesión. Después de varios estandartes iban los catecúmenos, llevando cada uno a su de-

(1) Revero, *ibid.*, p. 355.

recha un Padre de la Compañía y a su izquierda un ilustre caballero que había de ser su padrino. Después de ellos seguían otros religiosos y un sinnúmero de gentes de todos estados. El Sr. Arzobispo recibió esta procesión sagrada, y en medio de un concurso inmenso que llenaba todos los ámbitos de la Catedral, administró el bautismo a los moros convertidos con afectos de tiernísima devoción (1). Tal fué el acto solemne con que se cerró la célebre misión de Sevilla en la primavera de 1672.

8. En el verano próximo se separaron para siempre el P. Tirso y el P. Guillén. Habían dispuesto los superiores que ambos misioneros trabajasen por separado, llevando cada uno consigo a Padres jóvenes que fueran acostumbrándose a las tareas del apostolado y pudieran continuar lo que ellos tan gloriosamente ejecutaban. Desde entonces tenemos cortas noticias del P. Guillén, pero conservamos el itinerario y algunas cartas del P. Tirso, que, con las ánuas de aquellos tiempos, nos ilustran bastante sobre la tarea apostólica que ejerció en los cuatro años siguientes.

En el otoño de 1672 encaminóse a Santiago de Galicia, invitado por el Arzobispo de aquella ciudad, y llevó en su compañía al P. Juan Rubi, que ya se había estrenado en las misiones de Segovia y de Avila. Después de besar la mano al Prelado empezaron sus trabajos, por indicación suya, en la villa de El Padrón. Desgraciadamente, pudieron hacer poco, pues el P. Tirso cayó peligrosamente enfermo y fué necesario interrumpir aquellos trabajos. Repuesto de su achaque, se preparó una gran misión en la misma ciudad de Santiago para el adviento. Duró desde el día 27 de Noviembre, en que éste empezaba, hasta cerca de Navidad. Las cartas ánuas de aquel año refieren paso a paso todo cuanto se hizo en esta misión, y vemos por ellas que el fruto recogido igualó, si no excedió, al que en otras ciudades de la misma grandeza había logrado años antes el P. Tirso. Actos de contrición fervorosos, sermones acompañados de copiosas lágrimas en los oyentes, confesiones generales de muchísimos años, perdón de enemigos encarnizados, acrecentamiento, en fin, del espíritu de piedad y religión, estos frutos espirituales, que en mayor o menor grado se veían en las misiones del P. Tirso, se

(1) Véase la descripción de este acto por el P. Tirso en Revero, *ibid.*, p. 361.